



Scarlett O'Phelan &
Georges Lomné
(eds.)

Capítulo 13



independencia de
América del Sur

actes

Hecho el Depósito Legal en la Biblioteca Nacional del Perú N° 2013-12879

Ley 26905 - Biblioteca Nacional del Perú

ISBN: 978-9972-623-82-0

Derechos de la primera edición, octubre de 2013

© Instituto Francés de Estudios Andinos, UMIFRE 17, CNRS/MAE - USR 3337 AMÉRICA LATINA
Av. Arequipa 4595, Lima 18 - Perú
Teléf.: (51 1) 447 60 70 Fax: (51 1) 445 76 50
E-mail: postmaster@ifea.org.pe
Pág. web: <http://www.ifeanet.org>

Este volumen corresponde al **tomo 33** de la colección **Actes & Mémoires de l'Institut Français d'Études Andines** (ISSN 1816-1278)

© Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú
Av. Universitaria 1801, Lima 32 - Perú
Telf.: (51 1) 626 26 50
E-mail: feditor@pucp.edu.pe
Pág. web: <http://www.pucp.edu.pe/publicaciones>

Imprenta Tarea Asociación Gráfica Educativa

Pasaje María Auxiliadora 156 - Breña

Foto de la carátula:

Diseño de Erick Ragas a partir del retrato de Abascal, pintado en 1807 por Pedro Díaz, es un óleo sobre lienzo. Forma parte de la colección de retratos de personajes célebres del Museo de Arte de la Universidad Nacional Mayor de San Marcos.

Cuidado de la edición: Vanessa Ponce de León

Vaivenes políticos y participación popular en tierras rioplatenses durante la década de Abascal, 1806-1816

Gabriel Di Meglio

Sin lugar a dudas, mientras duró su gobierno, y en particular entre 1809 y 1816, el virrey Abascal fue la principal figura política de la América del Sur española, puesto que su acción contrarrevolucionaria no alcanzó solamente los límites del Perú sino que también influyó decisivamente en lo acontecido en la Capitanía General de Chile y en los virreinos de Nueva Granada y el Río de la Plata. De lo ocurrido en este último durante esa década de crisis, cambio político y guerra, se ocupa el presente texto —de acuerdo a lo solicitado por los coordinadores del proyecto— que realiza una breve síntesis del derrotero político de la época y luego se explaya sobre un tema central en él: la participación popular en los años revolucionarios¹.



¹ Una parte de este trabajo se publicará también en las Actas del Seminario Internacional «Las revoluciones americanas y la formación de Estados Nacionales» (Biblioteca Nacional, Santiago de Chile, 24 al 26 de agosto de 2010).

1. Panorama político, 1806-1816

El mismo año en que Abascal iniciaba el que sería un largo mandato, el espacio que estuvo a punto de comandar antes de ser enviado a Lima, el virreinato del Río de la Plata, experimentó directamente los efectos de la derrota franco-española en la batalla de Trafalgar de octubre de 1805. Unos meses después de esta, en junio de 1806, un pequeño ejército británico proveniente del sur de África se apoderó de Buenos Aires. El sistema defensivo no funcionó y la capital virreinal cayó en manos de los enemigos, que así desnudaban la debilidad del imperio. El virrey Rafael de Sobremonte huyó hacia Córdoba para organizar un contraataque y en distintos lugares comenzaron a convocarse milicianos para ser enviados a recuperar la capital, pero los preparativos eran lentos y en varias localidades hubo poca predisposición a la lucha².

Mientras tanto, en la ciudad capturada comenzó la resistencia; oficiales ingleses denunciaron que en las pulperías habían hombres del «populacho» que atacaban a los centinelas. La reconquista fue dirigida por un militar francés al servicio de España, Santiago de Liniers, que condujo tropas desde Montevideo y fue recibiendo el apoyo poco organizado de la población rural y urbana de Buenos Aires, incluyendo a varias mujeres que actuaron militarmente. En la ciudad se formaron «guerrillas» voluntarias que operaban sin recibir órdenes. El día de la ofensiva final, los británicos se encerraron en el Fuerte e izaron la bandera blanca, pero «el furor de la plebe», según uno de sus oficiales, y el desconocimiento de las reglas de la guerra por parte de la población hicieron que continuara el fuego hasta que la reemplazaron por el estandarte español (Di Meglio, 2006)³.

Tras la rendición se convocó a un cabildo abierto al que fueron convocadas unas 100 personas, vecinos de distinción. Pero una multitud, con marcada presencia del «populacho», se congregó en la plaza delante del edificio para presionar a fin de que se le negara al Virrey, a quien se consideraba un cobarde, la posibilidad de regresar a la capital, al tiempo que se le quería quitar el mando militar para dárselo a Liniers. La multitud, que vivaba al Rey al tiempo que insultaba a Sobremonte y también a Manuel Godoy (el cortesano que dirigía la política española desde Madrid), presionó y entró en el edificio durante la discusión. Las dos medidas exigidas, que implicaban una inédita desobediencia, fueron aprobadas.

² Para análisis completos de ese acontecimiento véanse Roberts (2000), Gallo (2004).

³ Para las descripciones véase Gillespie (1986).

Otra consecuencia de la victoria fue la creación de una nueva milicia voluntaria que llegó a reunir a más de 7 500 efectivos. Eso equivalía a tener a la mayoría de la población masculina adulta en armas, modificando radicalmente la debilidad militar de la capital virreinal. La milicia significó a la vez un nuevo canal de comunicación entre la plebe urbana y la elite local por fuera del orden imperial, con lazos sólidos debidos a que la oficialidad era votada por la tropa. La mayoría de los elegidos fueron miembros de la «gente decente», que reflejaban así su ascendiente social. Sin embargo, en algunas ocasiones manipularon los resultados: Manuel Belgrano —que se convirtió en esa ocasión en oficial— contó en sus memorias cómo modificó un recuento de votos para que no triunfaran dos «hombres oscuros» (Halperin Donghi, 1978).

El equipamiento y los salarios de los milicianos se convirtieron en dos de los gastos más importantes de la Real Caja de Buenos Aires y provocaron un traslado de recursos desde el Estado colonial a la plebe urbana. El miliciano en actividad recibía una paga, el llamado «prest», y para muchos plebeyos el servicio se convirtió en su principal medio de subsistencia, en un empleo estable. Solían ganar unos 12 pesos mensuales, salario superior al de un peón o jornalero (Johnson, 2011).

Más allá del costo, las autoridades sabían que la movilización era necesaria porque los británicos regresarían, y efectivamente lo hicieron en enero de 1807, cuando capturaron Montevideo, en cuyas cercanías estaba el infortunado Virrey. La noticia provocó un gran furor en la capital: se volvió a reunir un cabildo abierto rodeado de una activa presencia plebeya, que decidió destituir a Sobremonte y enviarlo a España. Otra vez actuaban sin atender a la jerarquía colonial.

El esperado segundo ataque británico a Buenos Aires se produjo unos meses más tarde, en julio, esta vez a cargo de un gran ejército de 9 000 hombres. Aunque el nuevo aparato militar no funcionó demasiado bien, la defensa dirigida por el cabildo fue tan anárquica como exitosa. Los esclavos pelearon codo a codo con sus amos contra los invasores, mataron a varios de ellos y capturaron armas, que les fueron compradas por el preocupado ayuntamiento apenas terminó el combate. Muchos esclavos creyeron que su papel en la lucha les daba derecho a la libertad y lo solicitaron al cabildo; tras varias dudas este decidió otorgársela a quienes habían sido heridos y a otros que fueron elegidos por sorteo en una ceremonia pública.

Liniers, devenido un personaje muy popular, fue elevado al cargo de virrey casi por imposición local en mayo de 1808, aunque la metrópoli lo ratificaría en el cargo de modo interino. Poco después llegaban las noticias de los sucesos de Bayona y la insurrección de Madrid, generando algunas expresiones importantes de patriotismo hispano. A la vez, la novedosa situación alteraba el juego de alianzas, alejando el peligro de una tercera invasión británica y por lo tanto quitándole a las onerosas milicias su importancia y su carácter de imprescindibles. De todos modos nadie se atrevió a impulsar abiertamente una desmovilización porque los cuerpos habían adquirido mucho poder. Este se pondría en juego en enero de 1809, cuando el cabildo quiso remover de su cargo a Liniers e instaurar una junta. Para ello convocó a la población con su campana, reunió a más de 300 personas que exigían la deposición del «francés Liniers» y contó con el apoyo de tres tercios milicianos formados por peninsulares. Sin embargo, los milicianos criollos (y los andaluces) salieron a la Plaza de la Victoria —nombre de la Plaza Mayor tras los triunfos sobre los británicos— a sostener al Virrey, y como eran más numerosos los juntistas debieron abandonar su intento. Los cuerpos que apoyaron al cabildo fueron disueltos (Halperin Donghi, 1972).

El poderoso Liniers fue finalmente reemplazado desde España por el virrey Baltasar Hidalgo de Cisneros, quien tuvo que lidiar con el peso de las milicias. Cisneros logró debilitarlas un poco mediante una reorganización de los cuerpos y el envío de algunos de ellos a atacar a las juntas que se formaron en La Plata y La Paz ese mismo año. De todos modos, a inicios de 1810 los milicianos porteños eran más de 3 300 y respondían a sus oficiales, no al Virrey.

Los dos años que siguieron al gran giro de 1808 estuvieron cargados de tensión en todo el virreinato, a lo que contribuyó el impacto de las juntas formadas en el Alto Perú y la difusión del «carlotismo», que tuvo bastante prédica, especialmente en la capital. En ese contexto, en mayo de 1810, la llegada a Buenos Aires de la novedad de la caída de toda la Península en manos francesas y de la total acefalía política, llevó a la formación de una junta de gobierno que reemplazó al poder real, acudiendo a la noción de retroversión de la soberanía a los pueblos, tal como se había hecho en España y como ocurrió el mismo año en Caracas, Cartagena de Indias, Santiago de Chile, San José de Bogotá y algunas ciudades mexicanas⁴.

⁴ Para los sucesos de Buenos Aires véase Goldman (2009).

Ante la difusión de las noticias en Buenos Aires, una multitud se reunió para exigir la convocatoria a un cabildo abierto, en el cual se decidió por mayoría la destitución del Virrey y la formación de una Junta de Gobierno. El Virrey saliente intentó ponerse a la cabeza de la nueva junta, pero el 25 de mayo una movilización ante el cabildo, apoyada por el Regimiento de Patricios —el principal cuerpo miliciano formado en 1806— lo obligó a renunciar e impuso una junta sin participación de las viejas autoridades. El nuevo gobierno invitó inmediatamente a los pueblos del virreinato a enviar diputados para integrarse en el cuerpo colegiado, al tiempo que envió una expedición militar hacia el norte para garantizar que la decisión adoptada en Buenos Aires fuera obedecida en todos lados y para asegurarse el control de Potosí, sede de las minas de plata que constituían el eje económico virreinal.

Los primeros enemigos de la revolución fueron las autoridades coloniales, a quienes llamaban los «mandones», y todos los que en el virreinato no aceptaron a la Junta y se declararon fieles al Consejo de Regencia instalado en Europa, como ocurrió con las ciudades de Córdoba (pronto derrotada por la expedición que partió de Buenos Aires), Montevideo, Asunción del Paraguay y las del Alto Perú. Al poco tiempo, el enemigo de los revolucionarios se iría redefiniendo: como la mayoría de los nacidos en España estuvieron en contra de la revolución y los criollos estaban mayoritariamente a favor, el conflicto pasó de ser un levantamiento contra las autoridades coloniales, una lucha entre americanos y españoles. Es que con el estallido revolucionario varias de las tensiones que existían en el virreinato del Río de la Plata se hicieron explícitas y se politizaron, particularmente el resentimiento de los americanos hacia los españoles nacidos en Europa, que en la última parte del siglo XVIII empezaron a ocupar casi todos los cargos administrativos y a tener privilegios de distinto tipo⁵. Más tarde ocurriría algo similar con otras tensiones sociales.

El primer objetivo de los revolucionarios de 1810 fue el autogobierno, en principio dentro de la monarquía y hasta que retornara el rey prisionero. El sistema que pensaban era «emancipar a las colonias de la tiranía de la madre patria», pero no salir de la monarquía; pertenecer a la Corona pero no a España⁶. Es decir, algo similar a lo que sería la *Commonwealth* británica. Esa posición inicial iría dando paso rápidamente a un proyecto más ambicioso, de cambio político y social, que estuvo ligado a la figura descollante de la Junta,



⁵ Para los resentimientos antiespañoles véanse Paz (2004), Serulnikov (2009), Pérez (2010).

⁶ La cita del agente enviado a Londres, Matías Irigoyen, en Goldman (2010).

el secretario Mariano Moreno. Para él la revolución no era solo un cambio de autoridades, sino que implicaba una transformación completa del orden vigente; era la reinstalación de la libertad, la razón y la justicia universales. Moreno creó el periódico *La Gaceta*, órgano de difusión del gobierno, y allí sostuvo que pese al amor que los americanos tenían por su monarca preso, lo cierto es que este no era legítimamente Rey porque los americanos no consintieron que él fuera su soberano sino que se impuso por conquista. En esa crítica del dominio colonial estaba el germen de la idea de independencia (Goldman, 2000)⁷.

Las diferencias entre el sector radical conducido por Moreno y un grupo más moderado —en principio opuesto a llevar adelante más cambios que la ruptura ya realizada— agrupado en torno del presidente de la Junta, el comandante de los patricios, Cornelio Saavedra, llevó a la primera división entre los revolucionarios. La incorporación de los diputados del interior, favorables a la posiciones saavedristas, obligó a Moreno a renunciar y a marchar a una misión diplomática (en la que pronto moriría). Sin embargo, algunos de sus partidarios siguieron en la Junta. Para desplazarlos, los saavedristas organizaron en abril de 1811 una movilización de miembros del «bajo pueblo» de Buenos Aires, apoyados por las tropas, con la cual inauguraron una práctica para presionar o remover gobiernos que sería fundamental de ahí en más.

De hecho, los saavedristas perdieron el poder de esa manera cuando llegaron las noticias de un gran descalabro de la expedición militar enviada al norte. El ejército había ocupado al principio todo el Alto Perú, pero tropas organizadas por Abascal terminaron derrotándolo duramente en junio de 1811. En septiembre la novedad arribó a la capital y la consiguiente agitación removió a la Junta; el Cabildo de Buenos Aires formó un gobierno nuevo —integrado por una facción también nueva— para todos los territorios revolucionarios: el Triunvirato. Este tuvo que lidiar con una situación bélica cada vez más compleja. El ejército del Norte debió retroceder hasta Tucumán, donde Manuel Belgrano logró una importante victoria que detuvo el avance de los leales al Consejo de Regencia. Pero los revolucionarios no lograban tomar Montevideo —plaza amurallada— al tiempo que una expedición militar ya había fracasado en obligar a Asunción

●
⁷ *La Gaceta* publicaba todo tipo de noticias y rumores; en septiembre de 1810 sostuvo que Lima estaba «fermentando, y que el Sr. Abascal quedaba depuesto».

a plegarse al movimiento revolucionario⁸. La contienda había sido desde el principio una guerra civil entre americanos de uno y otro lado, y españoles residentes en América, peleada con recursos locales. Su prolongación obligó a buscar la profesionalización de los ejércitos y a realizar reclutamientos más amplios, con lo cual las consecuencias en la sociedad empezaron a ser más fuertes. Para estimular los alistamientos, la *Gaceta* apeló al espejo del peor enemigo, el «visir», como llamaban al Virrey del Perú. En otras palabras, había que superarlo:

«Cuando yo veo que en la capital de Lima, en ese pueblo de esclavos, en ese asilo de los déspotas, en ese teatro de la afeminación y la blandura, en esa metrópoli del imperio del egoísmo consiguió el visir Abascal levantar un cuerpo cívico bajo el nombre de la concordia compuesto de 1500 hombres de la clase media, uniformados y armados a sus expensas, juzgo que Buenos Aires se degradaría hasta el extremo, sino imitase con doble esfuerzo este interesante ejemplo»⁹.

Las posiciones políticas del Triunvirato eran francamente moderadas y fue presionado por el grupo morenista, que se organizó en la Sociedad Patriótica, dirigida por el radical Bernardo de Monteagudo. Ese club terminó fusionándose con la Logia Lautaro, una sociedad secreta creada por algunos oficiales americanos que habían luchado contra Bonaparte para el ejército español y que en 1812 se trasladaron al Río de la Plata para ponerse al servicio de la revolución; sus dirigentes eran Carlos de Alvear y José de San Martín. En octubre de 1812, la Logia derribó al gobierno mediante una movilización de tropas y de miembros del bajo pueblo, y creó el Segundo Triunvirato.

●

⁸ Asunción se declaró a favor del Consejo de Regencia y en marzo de 1811 reunió tropas que derrotaron a la pequeña expedición que llegó desde Buenos Aires mandada por Belgrano. Sin embargo, dos meses más tarde, una parte de la elite asunceña desplazó al gobernador español y formó una junta autónoma. Asunción firmó un tratado con Buenos Aires y se dispuso eventualmente a integrar una confederación con esa ciudad, mientras mantenía una autonomía total. La Junta fue reemplazada en 1813 por un consulado de tres miembros; uno de ellos, José Gaspar de Francia, se convertiría al año siguiente en «Dictador Supremo de la República del Paraguay». Impondría un férreo régimen que logró subordinar a la elite asunceña e impulsó un aislamiento casi total del Paraguay, evitando así la ingerencia porteña y del resto del litoral, y manteniéndose fuera de las convulsiones bélicas. Francia lograría mantener ese sistema hasta su muerte, en 1840. Véase Areces & González de Bosio (2010).

⁹ «Reflexiones Políticas» en la *Gaceta* del 24 de enero de 1812 (1910: 83).

Las premisas de la Logia eran ganar la guerra contra los enemigos de la Revolución, declarar la independencia absoluta y mantener el centralismo, es decir que todas las decisiones se tomaran desde Buenos Aires. Decidió concentrar el poder, para lo cual se reemplazó al Triunvirato por una figura individual, el Director Supremo. El gobierno de la Logia se basó en el manejo secreto e inconsulto, y procuró limitar la movilización popular. En 1813 convocó a representantes de las provincias a un congreso con el objetivo de sancionar una constitución. Esta *Asamblea del año XIII* tomó una serie de medidas importantes: proclamó la libertad de vientres, por medio de la cual todos los hijos de esclavos iban a nacer libres a partir de entonces; suspendió el tributo indígena; dejó de jurar fidelidad a Fernando VII; abolió los títulos de nobleza y la inquisición; prohibió la tortura; creó como símbolo el escudo con el gorro frigio en el centro (hoy Escudo Nacional). Se esperaba que declarara la independencia, pero el cambio de situación en Europa, donde Bonaparte empezó a ser derrotado, hizo que los diputados pausaran la marcha a la espera de qué podía ocurrir. Por lo tanto, no hubo independencia, tampoco constitución.

Los Directores Supremos realizaron un gran esfuerzo para equipar a los ejércitos de pertrechos y tropas, ampliando el reclutamiento con la incorporación de esclavos a las filas y con levas masivas. De todos modos, no consiguieron logros en el área principal de la contienda. La ofensiva lanzada sobre el Alto Perú en 1813 obtuvo dos importantes derrotas, tras las cuales los enemigos contraatacaron y volvieron a tomar Salta. Ante la hostilidad general y lo difícil de mantener la posición los ocupantes se retiraron, y en 1815 los revolucionarios volvieron a avanzar sobre tierras altoperuanas, para ser otra vez vencidos decisivamente.

El mayor éxito de la Logia en la guerra fue conquistar Montevideo, el baluarte contrarrevolucionario en el sur, en junio de 1814, triunfo que evitó la llegada de tropas españolas al Río de la Plata. Sin embargo, el Directorio pronto tuvo que dejar toda esa región, la Banda Oriental, en manos de los revolucionarios locales, cuya oposición al gobierno central se convirtió en una exitosa resistencia armada tras la caída de Montevideo¹⁰.

Esta disidencia tenía su origen en las raíces de la revolución. Si esta se había hecho en nombre del retorno de la soberanía a los pueblos, ¿por qué Buenos Aires tenía preeminencia sobre los otros? Los porteños decían que

¹⁰ Para el gobierno de la Logia véanse Halperin Donghi (1972), González Bernaldo (1990).

era la antigua capital y que tenía más recursos económicos y culturales para dirigir al ex virreinato, lo cual fue aceptado por buena parte de las ciudades. Pero también hubo una creciente tendencia a la autonomía, muy resistida por la capital en la zona de su inmediata influencia: el litoral de los ríos Uruguay y Paraná. El líder del levantamiento de la Banda Oriental, iniciado en las áreas rurales en 1811, era José Artigas, quien apoyó primero a los gobiernos porteños pero luego se empezó a oponer al centralismo y planteó reemplazarlo por un sistema confederal en el cual todas las provincias estuvieran en igualdad de condiciones. Esa propuesta hizo que los diputados orientales fueran rechazados por la Asamblea del año XIII, dominada por la Logia Lautaro. Buenos Aires intentó acabar con el poder de Artigas, pero este obtuvo no solo el apoyo de su tierra, sino también un fuerte respaldo de Entre Ríos, Corrientes, Santafé y la zona en la que habían estado las misiones jesuitas hasta el siglo XVIII. Todo el Litoral y la Banda Oriental formaron la *Liga de los Pueblos Libres*, confederal y bajo el protectorado de Artigas, y dejaron de obedecer al gobierno central. Para 1815, entonces, el territorio revolucionario estaba partido en dos.

Asimismo, ese mismo año el resto del interior empezó a mostrarse harto del centralismo del Directorio. Para colmo la economía estaba arruinada tras la separación del Alto Perú —con la consiguiente pérdida de la riqueza minera— y por los efectos de la guerra; las noticias de Europa —regreso de Fernando VII al trono, formación de la Santa Alianza que condenaba a los gobiernos surgidos de revoluciones— atemorizaban a la dirigencia; y el resto de los focos revolucionarios americanos —Chile, México, Venezuela, Nueva Granada— había caído otra vez en poder realista. La crisis parecía total.

Una reacción general —que implicó otra vez una agitación popular— derribó a la Logia Lautaro, expulsando al Director Supremo Alvear. Tras un período de confusión, ascendió al poder un grupo más conservador, encabezado por el también porteño Juan Martín de Pueyrredón, que volvió a reestablecer los vínculos entre el interior y Buenos Aires, pero no con el litoral artiguista. Este grupo más moderado —cuya dirigencia reorganizaría la Logia Lautaro— fue sin embargo el que impulsó la declaración de independencia. Esto se explica porque parecían tener pocas alternativas: los territorios recapturados por los realistas habían sido violentamente reprimidos, la intransigencia de Fernando VII no permitía una vuelta atrás. Un congreso reunido en Tucumán declaró la

independencia de un territorio de límites imprecisos que por consiguiente fue llamado *Provincias Unidas en Sudamérica*. El nombre «argentina» solo se usaba en esa época para llamar a la gente que vivía a orillas del Río de la Plata, como los porteños (porque *argentum* significa plata en latín). Los contemporáneos se reconocían a sí mismos como del lugar en el que habían nacido —cordobeses, salteños, sanjuaninos, porteños, riojanos, etc.— y como *americanos*. No había todavía una identidad nacional; ella se iba a formar más adelante, como consecuencia de la independencia y de haber combatido por una causa común durante los años revolucionarios (Chiaramonte, 1997). En el congreso de Tucumán participaron diputados de ciudades que estaban ocupadas por los realistas y que hoy no forman parte de la Argentina: Tarija, Potosí y Cochabamba. Las provincias que integraban los *Pueblos Libres*, enfrentadas con el directorio, no enviaron representantes; ellas se consideraban independientes de España y de cualquier otro país desde 1815, aunque sin una declaración formal.

Los diputados presentes en Tucumán no se pusieron de acuerdo acerca de cuál debía ser la forma de gobierno del nuevo país, si una república o una monarquía, y dejaron la resolución en suspenso, manteniendo de hecho un sistema republicano. Lo que no sufrió desafíos en el congreso fue el centralismo (más tarde los congresales se trasladaron a Buenos Aires, donde sancionarían en 1819 una constitución centralista que no llegó a aplicarse). A la vez, el Congreso procuró afianzar el giro conservador. Al día siguiente de declarar la independencia, proclamó «fin de la revolución, principio del orden». Sin embargo, mientras continuara la guerra de independencia, ese orden anhelado por las elites iba a resultarles imposible de ser construido.

Las *Provincias Unidas en Sudamérica* enfrentaban un desafío complejo. La apuesta fue apoyar a la expedición que el general San Martín organizaba para atacar a los realistas que ocupaban Chile, eludiendo así otro posible fracaso en el Alto Perú, decisión que resultaría afortunada. La conducción de la lucha en el norte quedó a cargo del gobernador de Salta, Martín Miguel de Güemes, quien al mando de milicias se dedicó a combatir las incursiones de los realistas altoperuanos a través de una guerra de guerrillas. A este panorama bélico se sumó la guerra civil entre el gobierno central ubicado en Buenos Aires y la confederación de los Pueblos Libres, que se libraría intermitentemente hasta la caída de ambos sistemas en 1820, cuando la debilitada capital fuera vencida por las provincias del litoral mientras la liga se desmoronaba ante la

caída total de la banda oriental en manos de la invasión de los portugueses, iniciada en 1816 (con el beneplácito de Buenos Aires)¹¹.

2. La participación política popular

A menos de un año de la instalación de la Primera Junta en Buenos Aires, lo he mencionado ya, la dirigencia revolucionaria empezó a tener divisiones internas que llevaron a una ruptura entre una facción más radical y otra más moderada. ¿Cómo dirimir un enfrentamiento ahora que ya no se contaba con la autoridad metropolitana para desempatar? Los saavedristas encontraron un camino para quitar de en medio a los diputados morenistas de la Junta: apelar a una agitación popular. Pero ¿quién podía protagonizarla? Hallaron la respuesta en quienes ocupaban la porción más baja de la sociedad.

La pertenencia al mundo popular estaba determinada por el color de piel si se trataba de negros, pardos o trigueños (aunque también habían muchos plebeyos blancos), por la falta de «respetabilidad» (marcada por la ausencia del título *don/doña* delante de sus nombres), por la pobreza, la ocupación laboral (manual o sin calificación), la lejanía del poder político, la situación de dependencia con respecto a otros, las dificultades para poder formar un hogar y los espacios de sociabilidad compartidos. La mayor parte de los artesanos de la ciudad, junto con una suerte de heterogéneo proletariado urbano, y también los esclavos —que pese a la gran diferencia de no tener libertad estaban incluidos en muchos de los rasgos recién enunciados— formaban la «plebe» o «bajo pueblo».

En la noche del 5 de abril de 1811, la facción de Saavedra organizó una concentración en la Plaza de la Victoria, la principal de la ciudad. Para ello «se saltó a los arrabales en busca de máquinas para ejecutar el movimiento, o como entonces se decía, se apeló a los hombres de poncho y chiripá contra los hombres de capa y de casaca» (Núñez, 1960: 452). En esa sociedad preindustrial, la ropa era muy cara y ciertas prendas solo podían lucirlas quienes tenían dinero. La levita era un símbolo de diferencia social; los hombres de los sectores medios y bajos usaban la chaqueta como prenda; los más pobres usaban poncho y chiripá, en ocasiones eran tildados de «descamisados». Estos pobladores de los suburbios, apoyados por el grueso de las tropas presentes en



¹¹ Para miradas generales sobre el período véanse Halperin Donghi (1972), Verdo (2006), Tío Vallejo (2009).

Buenos Aires —que mantuvieron un segundo plano en la acción para evitar acusaciones de un movimiento realizado por la fuerza—, se presentaron como «el pueblo». De este modo, estaban ampliando el alcance de un concepto que hasta entonces era socialmente limitado.

No es fácil conocer los motivos plebeyos para participar, siempre es muy difícil hallar documentos para explorar las posturas populares, pero hay dos causas que se pueden inferir. Primero, la movilización fue conducida por varios alcaldes de barrio, vecinos destacados de cada distrito a quienes el cabildo designaba en el cargo para ocuparse de la policía, la higiene y el orden; su influencia era importante y pudieron volcarla en esta ocasión. Luego, el primer punto del petitorio entregado al cabildo da un indicio clave: se exige la expulsión de todos los españoles de la ciudad. Esa animosidad contra los europeos era más moderada entre la elite que entre la plebe, que sufría cotidianamente las ventajas peninsulares en la consideración social, el comercio minorista o el mercado matrimonial. A ella se apeló, aparentemente, para lograr la masiva presencia popular. Surgió así una práctica: para que la elite pudiera movilizar a personas ajenas a ella no le alcanzaba con ejercer una autoridad o con disponer de relaciones clientelares, tenía que encontrar motivos compartidos con aquellos a quienes buscaba conducir, y así sería en los siguientes movimientos de la década. Cuando en 1814 Saavedra fue juzgado por lo ocurrido en abril de 1811, se quejó diciendo que la combinación de «plebe en la plaza y tropas sosteniéndola» había vuelto a ser utilizada en posteriores cambios de gobierno¹².

En 1811 apareció otra forma de participación plebeya: la fiesta política. En mayo se conmemoró el aniversario de la revolución con festejos masivos. La presencia popular en celebraciones públicas era común hasta entonces, lo nuevo era que ahora se habían politizado. Las victorias militares y otros acontecimientos destacados se volvieron motivo de celebración callejera. Las fiestas mayas —para homenajear a la revolución— se convirtieron en fundamentales para la vida pública porteña, abarcando a todos los sectores sociales.

El año 1811 terminó por volverse determinante en la historia popular por el motín en diciembre de la tropa del Regimiento de Patricios, formada sobre todo por jornaleros, artesanos y menestrales pobres (ninguno llevaba el *don* delante de su nombre). Tras la revolución, el regimiento había sido convertido en parte del ejército de línea; pasado el fervor inicial, cuando la guerra

empezó a alargarse, el impulso gubernamental hacia la profesionalización militar fue caldeando los ánimos en las filas. Algunos cabos redactaron un petitorio solicitando que «se nos trate como a fieles ciudadanos libres y no como a tropa de línea». Un oficial amenazó con cortar la trenza, distintivo del regimiento, a quienes no mantuvieran la disciplina, provocando un rechazo generalizado: «más fácil les sería cargarse de cadenas que dejarse pelar». La respuesta del oficial fue que si sentían el hecho como una afrenta «él también estaría afrentado pues se hallaba con el pelo cortado», pero la indignada réplica argumentó «que él tenía trajes y levitas para disimularlo». Así, en un movimiento que buscaba defender el derecho de los milicianos también se puso en juego una tensión social entre la oficialidad y la tropa¹³. Los amotinados no aceptaron negociar y el gobierno terminó atacándolos con fuerzas leales, que lograron tomar el cuartel tras un corto y violento combate. Once dirigentes fueron fusilados y colgados. De ahí en más hubo varios levantamientos o intentos de motín en el ejército de línea; a diferencia de las movilizaciones contra los gobiernos, eran liderados por miembros de la plebe y no de la elite.

En cambio, en las movilizaciones contra algún gobierno los que conducían pertenecían a la elite. ¿Cuáles eran las razones de la participación popular en ellas? Una fue la ya mencionada animadversión contra los españoles. Así, en junio de 1812, un esclavo llamado Ventura denunció que su amo, el poderoso comerciante vizcaíno Martín de Álzaga, estaba organizando la contrarrevolución. Como consecuencia, el gobierno apresó a los peninsulares implicados y la presión popular lo forzó a tomar duras medidas: 33 españoles fueron fusilados a lo largo de un furioso mes, en el cual los porteños ganaron varias veces las calles ante rumores de invasión desde Montevideo con apoyo local. Los integrantes del Triunvirato fueron hostigados mientras caminaban o recibieron ataques a sus residencias al ser acusados de tibios. El asunto concluyó con cientos de españoles expulsados de la ciudad a zonas de la campaña bonaerense.

Ese odio politizado permitía a los plebeyos dirimir conflictos con los peninsulares surgidos en otras esferas; buena parte de las tensiones sociales de la época se subsumieron en ese tomar a los españoles como blanco. A lo largo de los años, varios fueron delatados —con evidencia o sin ella— por conspirar contra la revolución, y terminaron presos o muertos. La adhesión a la Patria,

¹³ Las citas textuales en Fitte (1960: 92, 86, 87).

es decir al campo revolucionario, fue igualando simbólicamente a todos los americanos, incluyendo a los africanos, en oposición a los peninsulares, llamados «sarracenos».

Es que en el apoyo a la revolución hubo también una tendencia igualitarista. Esta fue en alguna medida el resultado de la politización de una situación previa: una sociedad integrada según escribió el virrey Santiago de Liniers en 1806 por «gentes que se creen todos iguales» (Groussac, 1943: 120). Según el relato de un integrante de la tropa de los cuerpos voluntarios de la milicia que se formaron en 1806, «los soldados de cada compañía no querían que sus oficiales llevaran la charretera sino una pequeña señal», porque eran símbolos de vanidad; para mostrar su opinión hubo milicianos que se pusieron charreteras de papel en la bragueta¹⁴. El igualitarismo fue también una de las claves del discurso del grupo más radical de revolucionarios —de Moreno a Monteagudo— en los inicios de la revolución, y también fue una de las claves del artiguismo, cuya zona de origen estaba ubicada a solo 50 km de Buenos Aires.

Las aspiraciones igualitaristas fueron poco satisfechas, pero de cualquier manera la revolución, y también la guerra, dieron lugar a un cambio fundamental a este respecto: la disolución del sistema de castas, que obligaba a la inferioridad legal a negros, mestizos, pardos y zambos. Ya en la expedición que partió en 1810 hacia el norte, el comandante Juan José Castelli —un radical— alabó el comportamiento de las compañías de castas y preguntó al gobierno «¿No pudieran declararle cuando lo exija la oportunidad el uso del Don a uno de castas?» (Goldman, 2000: 131). El cambio no fue inmediato pero empezó a desenvolverse a lo largo de esos años. Las desigualdades por el color de piel no desaparecieron de la sociedad, pero sí lo hicieron ámbito jurídico.

Para la población negra había un objetivo primordial, que compartían los esclavos y los libertos emparentados con ellos: obtener la libertad. En la revolución encontraron un camino posible para lograrla: por un lado a través del ingreso de los hombres a los ejércitos, de donde suponían que iban a salir libres; por otro, por las esperanzas generadas por la libertad de vientres en 1813, que hizo a un moreno libre declarar en 1815 que «todo respira el desterrar la esclavitud»¹⁵. Esto no iba a ocurrir, aunque la esclavitud como institución se debilitaría muchísimo con la revolución y su importancia

¹⁴ *Diario de un Soldado*, 1960: 65.

¹⁵ «Solicitud de Hilarión Gómez» en AGN, X, 8-9-4, Solicitudes Civiles y Militares.

económica se desmoronaría (a pesar de lo cual no fue abolida hasta la Constitución Nacional de 1853). En los años revolucionarios se creó una fuerte identificación de los negros con la causa de la Patria. Servirla daba derechos; cuando en 1820 un oficial insultó a unos soldados negros, uno de ellos le dijo que si bien era negro era un cabo de la Patria, dando inicio a una gritería en contra del oficial¹⁶.

A estas motivaciones de fondo hay que añadirle en cada movilización concreta las razones particulares, cuando se pueden dilucidar. En los motines descritos y en otras ocasiones lo que llevó a la acción, y a la determinación para defender posiciones, fue la sensación de un derecho ultrajado. Los derechos, aunque desiguales, eran un fundamento central de la sociedad colonial y la indignación que causaba el que no se los respetara era un motor poderoso para obrar.

En otras ocasiones puede parecer que la actuación popular se debió a la obediencia. Es lo que parece haber ocurrido en abril de 1815, cuando el cabildo convocó con su campana a la defensa de la ciudad de un posible ataque del director supremo Alvear, quien avanzaba con su ejército para sofocar el levantamiento en su contra liderado por aquella institución. Para la población, el cabildo era un «padre» que velaba por el bien común, y muchos respondían a sus llamados. Pero también es verdad que Alvear era odiado porque había incrementado aún más el esfuerzo reclutador del Estado sobre la plebe, ya muy fuerte desde 1812, y porque había aumentado el precio de la carne y del pan —las bases de la dieta porteña— debido a impuestos para la guerra. Es indudable que ese descontento contribuyó a la obediencia prestada al llamado del cabildo¹⁷.

Otra causa de participación puede haber sido el clientelismo. Es indudable que existieron personajes que usaron su influencia barrial, conseguida gracias a su importancia social, a ejercer un cargo público o por ambas cosas —que en general se combinaban— para movilizar gente. Estos «tribunos de la plebe» de alcance local, muchas veces pulperos, se convirtieron desde la década de 1810 en piezas clave de la política porteña.

La cuestión clientelar es clara en el levantamiento de octubre de 1812, cuando la Logia Lautaro llegó al poder desplazando al Primer Triunvirato. La Logia había preparado una movilización de la que tomarían parte fuerzas



¹⁶ AGN, X, 29-10-2, Sumarios Militares, 146.

¹⁷ Los aumentos y sus causas en AGN, X, 30-10-1, Órdenes de Policía, 188; *Acuerdos del Extinguido Cabildo*, 1927: 405.

militares e integrantes de de la Sociedad Patriótica, todos hombres de la elite. Sin embargo, a su lado hubo una presencia plebeya, ligada a la figura de Juan José Paso. Su hermano, Francisco, estaba vinculado a dos abastecedores de forraje de algunos cuarteles militares, Hilario y Antonio Sosa, a quienes su actividad les daba ascendencia en las quintas cercanas al ámbito urbano. Ambos participaron en la movilización y firmaron el petitorio que se presentó al cabildo. Es altamente probable que fueran ellos los que condujeron a muchos plebeyos a la plaza; indudablemente eso permitió que Paso, quien había integrado el Triunvirato contra el cual se estaba manifestando, fuera elegido para ser parte del nuevo gobierno. Asimismo, es posible que se haya prometido dinero a algunos concurrentes. Meses más tarde, el pardo Santiago Mercado, alias *Chapa*, quien se ocupaba de «trajinar en el comercio y andar comprando y vendiendo», dijo que se habían empleado 26 000 pesos para sobornar a militares y a otros con el fin de que se hicieran presentes en la plaza ese día. Al poco tiempo, en enero de 1813, a través de una denuncia contra el mencionado Mercado, y de gente que oyó a «un dependiente» o a «varios mozos», el gobierno tomó conocimiento de una conspiración en su contra dirigida por Francisco Paso y los hermanos Sosa¹⁸. Esta pequeña facción que agrupaba a prominentes miembros de la elite como los hermanos Paso, a líderes intermedios como los Sosa y a seguidores como Mercado parece responder bien a un modelo clientelar. De todos modos, no implica que quienes acudieron no lo hicieran también por motivos políticos; de hecho, se supo que los Sosa habían usado argumentos para soliviantar los ánimos, diciendo que querían hacer guillotinar a «los malos paisanos», lo cual recuerda lo ocurrido en abril de 1811¹⁹.

Una característica que afianzó la participación del bajo pueblo en los asuntos públicos fue la politización de los espacios de sociabilidad popular. Mercados, calles y pulperías (esquinas en las que se vendían alimentos y otros bienes, además de ser despachos de bebidas), fueron sitios de difusión de rumores, de lectura de la prensa en voz alta y de discusiones políticas²⁰.

En Buenos Aires la participación popular fue amplia y tuvo efectos vastos dado que al ser la capital las consecuencias de la acción iban más allá del ámbito urbano, como ocurría por ejemplo con la caída de un gobierno

¹⁸ AGN, X, 29-9-8, SM, 83a.

¹⁹ AGN, X, 29-9-8, SM, 83a.

²⁰ Para todo lo expuesto en este apartado, véase Di Meglio (2006).

central. Pero tanto en las cercanías de la ciudad, donde la campaña vivió una agitación menos intensa pero también remarcable, como en otros espacios del antiguo virreinato, la movilización popular fue importante²¹.

Hubo lugares en los que esta estuvo fundamentalmente ligada con los efectos de la guerra (además de provocar el fenómeno general de la deserción, extendido a todos los territorios afectados por ella). Fue lo que ocurrió en Tucumán, principal sede del Ejército del Norte —o Auxiliar del Perú— a lo largo de la década del 1810, y en Cuyo, centro del esfuerzo que implicó la preparación del Ejército de los Andes. En esta región, la militarización acelerada de buena parte de la población (generalmente por levas forzosas), sumada a la pedagogía patriótica, implicó la adopción de principios libertarios e igualitarios por miembros de la plebe que integraron el ejército sanmartiniano, en particular los negros; tuvo también un correlato en la relajación de la disciplina laboral (Bragoni, 2008). En Tucumán, aunque el reclutamiento para el ejército siguió como en todos lados contemplando las jerarquías sociales, implicó de hecho una ampliación de la vecindad y la aparición de negociaciones inéditas entre elites y subalternos en las filas (Tío Vallejo, 2001; Macías & Parolo, 2010). Pero en otras regiones, la revolución y la guerra implicaron desafíos mayores y más directos al orden social.

La masiva participación popular fue una de las claves de la revolución en la banda oriental, en la que a poco de iniciarse surgió Artigas como líder. Buena parte de los insurgentes que participaron del sitio de Montevideo, del éxodo al que Artigas los condujo a fines de 1811 tras negarse a aceptar el armisticio firmado por Buenos Aires con la legalista Montevideo por el cual esta pasaba a controlar la campaña oriental, y de los posteriores combates contra los enemigos españoles y porteños, pertenecían a los sectores más bajos de la sociedad. De hecho, la sublevación oriental tuvo un marcado componente social. El levantamiento se inició en la zona sudoeste de la banda oriental, que había experimentado fuertes tensiones en la última parte del siglo XVIII. La expansión de la producción ganadera había dado lugar al reparto de tierras entre las elites de Buenos Aires y Montevideo, formando latifundios en espacios que ya estaban ocupados de hecho por pequeños pastores²². Los intentos de afianzar los derechos de propiedad, que

²¹ Para la campaña bonaerense véase Fradkin (2008).

²² Para una mirada clásica sobre la cuestión véase Barrán & Nahum (1964). Sobre la abundancia de pequeños productores junto a los latifundios orientales véase Gelman (1998).

contrariaban la costumbre, y las disputas por posesión de vacunos, dieron lugar a una importante conflictividad que no condujo a la revolución, pero que se politizó cuando esta se produjo. Pelear a favor de la revolución fue para muchos pelear a favor del derecho a ocupar la tierra y a criar ganado.

Peones, ocupantes de tierra sin título, esclavos y otros integrantes del universo popular que siguieron a Artigas mostraron según un contemporáneo «un entusiasmo frenético de la libertad» y buscaron con la lucha mejorar sus condiciones de vida, asegurar el respeto de derechos consuetudinarios y lograr una sociedad más justa (Frega, 2007: 269). Durante la contienda se apropiaron en diferentes momentos de bienes ajenos y mostraron una fuerte tendencia igualitarista. Cuando en 1815 Artigas logró controlar la banda oriental completa y promulgó un reglamento para dividir las tierras de los «malos europeos y peores americanos», intentó compensar a estos «infelices» que lo seguían y que eran el eje de su fuerza. Su decisión no fue solo un gesto benévolo: sus tropas lo presionaron para obtener un provecho por haber peleado sin pausa bajo su mando. Ante la posibilidad de que una estancia volviera a manos de su antiguo propietario, un comandante pardo, Francisco Encarnación Benítez, le comunicó a su jefe Artigas, en nombre de quienes había puesto «el pecho a las balas y dardos de los enemigos», que «el clamor general es «Nosotros hemos defendido la Patria y las haciendas de la campaña, hemos perdido cuanto teníamos» y sin embargo «son estos enemigos declarados del sistema los que ganan»; advertía también que si se devolvían las tierras el resultado podía ser «otra revolución peor que la primera» (Frega, 2007: 313, 294). El reparto de tierras comenzó a efectivizarse, consolidando una experiencia de abierto desafío al orden social previo, que provocó una relación tensa entre Artigas y la elite, en particular la de Montevideo. El radicalismo artiguista tuvo sin embargo algunos límites: en las entregas de bienes se respetaron jerarquías sociales y militares, y la situación de los esclavos casi no varió, dado que poco se hizo a favor de su emancipación (incluso la libertad de vientres aprobada en Buenos Aires en 1813 se cumplió escasamente). Los portugueses aprovecharon en su invasión este flanco débil y en 1817 ofrecieron la libertad inmediata a los esclavos armados que se unieran a sus fuerzas, obteniendo que varios soldados orientales en esa condición se pasaran de bando (Frega, 2008). De todos modos, la oriental fue tal vez la experiencia más democrática y radical de la región. La victoriosa invasión portuguesa le puso fin.

en la política también fue destacada, aunque recién ha empezado a ser explorada en profundidad. Desde la Revolución de Mayo y en particular a partir de la fallida expedición de Belgrano al Paraguay, comenzó un proceso de movilizaciones que abarcaron un amplio espectro social: hubo hombres que se militarizaron para la guerra, al tiempo que se dieron enfrentamientos entre «americanos» y «europeos» y entre habitantes rurales y «puebleros», que tuvieron lugar en los distintos pueblos de la región mientras protagonizaban tendencias autonomistas.

El caso más disruptivo en este panorama complejo fue el de los indígenas guaraníes de las reducciones que habían sido jesuitas hasta la expulsión de la orden en 1767. Su insurrección tomó la forma de levantamientos pueblerinos que desembocaron por momentos en un conflicto interétnico. Es decir, la hostilidad contra los «blancos» adquirió forma política en la zona tras la revolución. El liderazgo de Andresito Guacurarí iba a llevar a un programa político propio en el marco de los Pueblos Libres. Según su protector Artigas, el proyecto era expulsar del territorio misionero «a todos los europeos, y a los administradores que hubieren, para que los naturales se gobiernen por sí, en sus pueblos», y tenía como horizonte reunir a la antigua provincia jesuita, incluyendo a los pueblos que estaban bajo dominio portugués y a los que dependían de Asunción. El plan era no obedecer a ninguna autoridad suprema, ni española, ni portuguesa, ni paraguaya ni porteña (Fradkin, 2010; Wilde, 2009; Machón & Cantero, 2008). En 1815, Artigas nombró a Andresito comandante de las misiones y ese mismo año sus fuerzas expulsaron a los paraguayos que habían ocupado algunos pueblos de la zona. En 1816, lograron resistir los primeros embates portugueses, pero tres años más tarde una nueva ofensiva portuguesa derrotó a Andresito y la movilización de los guaraníes artiguistas fue desarticulada.

La otra región donde la impronta popular fue muy marcada fue el área que hoy constituye el noroeste de la Argentina: Salta y Jujuy. En la región donde la movilización plebeya comenzó, el valle de Lerma —allí se encuentra la ciudad de Salta—, existía una situación colonial de conflictividad, al igual que en el caso oriental. El desarrollo ganadero había provocado una tendencia a la extensión de las propiedades de los hacendados, que chocó con el dinamismo de los poseedores de pequeñas parcelas que se dedicaban a la misma actividad o a la agricultura. Había simultáneamente tensiones étnicas. Otra vez, la revolución politizaría esos conflictos, pero en este caso no lo haría inmediatamente.

Hasta el año 1814 el grueso de la población se involucró poco en la situación política, controlada por la elite, y en la contienda entre las tropas realistas y las que enviaba Buenos Aires. Pero ese año, una invasión realista a Salta, muy destructiva para la región, provocó una reacción campesina. Milicianos y fuerzas irregulares se reunieron y empezaron a combatir a los realistas; Güemes, miembro de la elite salteña y oficial del Ejército del Norte, se iba a convertir rápidamente en su líder (Mata, 2008). Sus seguidores empezaron a recibir un nombre proveniente del Litoral, «gauchos», y le dieron un sentido propio al concepto de patria, en nombre del cual luchaban, que incluía las nociones de igualdad ante la ley y abolición de las distinciones étnicas. En sus desplazamientos muchas veces se apropiaban de ganado y otros bienes, para disgusto de las clases propietarias (Paz, 1999).

Los combatientes obtuvieron el fuero militar, que los hacía ser juzgados por sus oficiales y no por la justicia ordinaria, con lo cual obtenían bastante indulgencia para cualquier acción de legalidad dudosa. A la vez, los «gauchos» empezaron a dejar de pagar el arriendo mientras estaban peleando, provocando así la ira de los propietarios, que empezaron a aborrecer el liderazgo de Güemes, al que por otro lado varios de ellos respetaban para evitar daños mayores (Mata, 2002)²³. Recién con la muerte del líder por una incursión realista en 1821, y con el fin de la guerra de independencia en la región, la elite podría iniciar lentamente y con gran esfuerzo el proceso de desmantelamiento de la movilización popular que desafiaba su autoridad.

Más allá de las variantes regionales y las diferentes consecuencias a mediano plazo, la participación política popular fue indudablemente una de los cambios fundamentales que la revolución en el extinto virreinato del Río de la Plata. Para 1816 —cuando termina el período, aquí consideraba y comenzaba una nueva etapa en el proceso independentista— ya era un dato clave de la escena rioplatense y en buena medida toda la política de la primera mitad del siglo XIX estuvo condicionada por aquella. A partir de la movilización popular, nada volvería a ser igual.

●
²³ También en el cercano Alto Perú hubo un significativo aporte popular en las guerrillas que combatieron a los realistas en las distintas «republicuetas», que han sido investigadas por una profusa historiografía. Véanse por ejemplo Arze Aguirre (1979), Roca (1984), Fernández Crespo (1987), Soux (2008).

Referencias citadas

Fuentes primarias

Archivo General de la Nación, Argentina (AGN), Salas X, Leg. 8-9-4 (Solicitudes Civiles y Militares); 30-10-1 (Órdenes de Policía); 29-9-8 y 29-10-2 (Sumarios Militares)

Fuentes secundarias

Acuerdos del Extinguido Cabildo, 1927, serie IV, Tomo VI, Buenos Aires.

ARECES, N. & GONZÁLEZ DE BOSIO, B., 2010 – *El Paraguay durante los gobiernos de Francia y de los López*, 154 pp.; Asunción: El Lector.

ARZE AGUIRRE, R., 1979 – *Participación popular en la independencia de Bolivia*, 271 pp.; La Paz: Librería Juventud.

BARRÁN, J. P. & NAHUM, B., 1964 – *Bases económicas de la revolución artiguista*, 140 pp.; Montevideo: Ediciones de la Banda Oriental.

BRAGONI, B., 2008 – Esclavos, libertos y soldados: la cultura política plebeya en Cuyo durante la revolución. In: *¿Y el pueblo dónde está? Contribuciones para una historia popular de la revolución de independencia en el Río de la Plata* (R. Fradkin, ed.): 107-150; Buenos Aires: Prometeo Libros.

CHIARAMONTE, J. C., 1997 – *Ciudades, provincias, Estados: Orígenes de la Nación Argentina (1800-1846)*, 645 pp.; Buenos Aires: Ariel.

DI MEGLIO, G., 2006 – *¡Viva el bajo pueblo! La plebe urbana de Buenos Aires y la política entre la Revolución de Mayo y el rosismo*, 364 pp.; Buenos Aires: Prometeo Libros.

Diario de un Soldado, 1960 – Buenos Aires: Ministerio del Interior.

FERNÁNDEZ CRESPO, J., 1987 – La guerra de la independencia en Charcas. Generales y guerrilleros. *Cuadernos de Historia*: 185-191; La Paz.

FITTE, E., 1960 – *El motín de las trenzas*, 212 pp.; Buenos Aires: Editorial Fernández Blanco.

FRADKIN, R., 2008 – Cultura política y acción colectiva en Buenos Aires (1806-1829). In: *¿Y el pueblo dónde está? Contribuciones para una historia popular de la revolución de independencia en el Río de la Plata* (R. Fradkin, ed.): 27-65; Buenos Aires: Prometeo Libros.

- FRADKIN, R., 2010 – La revolución en los pueblos del litoral rioplatense. *Estudios Ibero-Americanos*, Vol. 36, n.º 2: 242-265.
- FREGA, A., 2007 – *Pueblos y soberanía en la revolución artiguista. La región de Santo Domingo Soriano desde fines de la colonia hasta la ocupación portuguesa*, 397 pp.; Montevideo: Ediciones de la Banda Oriental.
- FREGA, A., 2008 – Los «infelices» y el carácter popular de la Revolución artiguista. In: *¿Y el pueblo dónde está? Contribuciones para una historia popular de la revolución de independencia en el Río de la Plata* (R. Fradkin, ed.): 151-175; Buenos Aires: Prometeo Libros.
- Gaceta de Buenos Aires (1810-1821)*, 1910 – Tomo III; Buenos Aires: Junta de Historia y Numismática Argentina y Americana.
- GALLO, K., 2004 – *Las invasiones inglesas*, 238pp.; Buenos Aires: Eudeba.
- GELMAN, J., 1998 – *Campesinos y estancieros. Una región del Río de la Plata a fines de la época colonial*, 333 pp.; Buenos Aires: Editorial Los Libros del Riel.
- GILLESPIE, A., 1986 – *Buenos Aires y el Interior*, 247 pp.; Buenos Aires: Hyspamérica.
- GOLDMAN, N., 2000 – *Historia y lenguaje. Los discursos de la Revolución de Mayo*, 189 pp.; Buenos Aires: Centro Editor de América Latina.
- GOLDMAN, N., 2009 – *¡El pueblo quiere saber de qué se trata! Historia oculta de la Revolución de Mayo*, 197 pp.; Buenos Aires: Editorial Sudamericana.
- GOLDMAN, N., 2010 – Buenos Aires, 1810: la «revolución», el dilema de la legitimidad y de las representaciones de las soberanía del pueblo. *Historia y política*, n.º 24: 47-69; Madrid.
- GONZÁLEZ BERNALDO, P., 1990 – Producción de una nueva legitimidad: ejército y sociedades patrióticas en Buenos Aires entre 1810 y 1813. In: *Imagen y recepción de la Revolución Francesa en la Argentina (AA. VV.)*: 27-51; Buenos Aires: Grupo Editor Latinoamericano.
- GROUSSAC, P., 1943 – *Santiago de Liniers*; Buenos Aires: Ediciones Estrada.
- HALPERIN DONGHI, T., 1972 – *Revolución y guerra. Formación de una élite dirigente en la Argentina criolla*, 419 pp.; Buenos Aires: Siglo XXI.
- HALPERIN DONGHI, T., 1978 – Militarización revolucionaria en Buenos Aires, 1806-1815. In: *El ocaso del orden colonial en Hispanoamérica* (T. Halperin Donghi, ed.): 123-158; Buenos Aires: Sudamericana.
- Instrucción de Saavedra a Juan de la Rosa Alba*, 1960 – In: *Biblioteca de Mayo*, T. II, Vol. 1; Buenos Aires: Senado de la Nación.

- JOHNSON, L., 2011 – *Workshop of revolution: Plebeian Buenos Aires and the Atlantic World, 1776-1810*, 410 pp.; Durham: Duke University Press.
- MACHÓN, J. & CANTERO, O., 2008 – *1815-1821: Misiones provincia federal*, 149 pp.; Posadas: Editorial Universitaria de Misiones.
- MACÍAS, F. & PAROLO, M. P., 2010 – Guerra de independencia y reordenamiento social. La militarización en el norte argentino (primera mitad del siglo XIX). *Iberoamericana*, **X**, n.º 37: 19-38.
- MATA, S., 2002 – La guerra de independencia en Salta y la emergencia de nuevas relaciones de poder. *Revista Andes*, n.º 13: 113-142.
- MATA, S., 2008 – *Los gauchos de Güemes. Guerras de independencia y conflicto social*, 212 pp.; Buenos Aires: Editorial Sudamericana.
- NUÑEZ, I., 1960 – Noticias Históricas. In: *Biblioteca de Mayo*, **T. I**: 196-530; Buenos Aires: Senado de la Nación.
- PAZ, G., 1999 – Province and Nation in Northern Argentina. Peasants, Elite, and the State, 1780-1880; Atlanta: Emory University. Tesis doctoral.
- PAZ, G., 2004 – La hora del Cabildo: Jujuy y su defensa de los derechos del «pueblo» en 1811. In: *Revolución: Política e ideas en el Río de la Plata durante la década de 1810* (F. Herrero, ed.): 149-166; Buenos Aires: Ediciones Cooperativas.
- PÉREZ, M., 2010 – *En busca de mejor fortuna. Los inmigrantes españoles en Buenos Aires entre el Virreinato y la Revolución de Mayo*, 260 pp.; Buenos Aires: Prometeo Libros, Universidad Nacional de General Sarmiento.
- ROBERTS, C., 2000 – *Las invasiones inglesas*, 599 pp.; Buenos Aires: Emecé Editores.
- ROCA, J. L., 1984 – Las masas irrumpen en la guerra (1810-1821). *Historia y Cultura*, n.º 6: 13-42; La Paz.
- SERULNIKOV, S., 2009 – «Las proezas de la Ciudad y su Ilustre Ayuntamiento»: Simbolismo político y política urbana en Charcas a fines del siglo XVIII. *Latin American Research Review*, **Vol. 43**, n.º 3: 137-165.
- SOUX, M. L., 2008 – Los caudillos insurgentes en la región de Oruro: entre la sublevación indígena y el sistema de guerrillas. In: *Entre la colonia y la república. Insurgencia, rebeliones y cultura popular en América del Sur* (B. Bragoni & S. Mata, eds.): 125-141; Buenos Aires: Prometeo.
- TÍO VALLEJO, G., 2001 – *Antiguo régimen y liberalismo. Tucumán, 1770-1830*, 403 pp.; Tucumán: Universidad de Tucumán.

- TÍO VALLEJO, G., 2009 – Rupturas precoces y legalidades provisorias. El fin del poder español en el Río de la Plata. *Ayer. Revista de historia contemporánea*, n.º 74: 133-172.
- VERDO, G., 2006 – *L'indépendance argentine entre cités et nation (1808-1821)*, 477 pp.; París: Publications de La Sorbonne.
- WILDE, G., 2009 – *Religión y poder en las misiones de guaraníes*, 509 pp.; Buenos Aires: SB.